

SALUD UNIVERSAL (*ONE HEALTH*) Y ÉTICA. DESAFÍOS PARA LA MENTALIDAD BIOÉTICA

Fernando Lolas Stepke¹

Fue tradición importante en la filosofía de la ciencia la inaugurada por la noción de “paradigma” de Thomas S. Kuhn. Aunque hay varias definiciones, la idea de que un logro trascendente en la ciencia determina el trabajo durante períodos prolongados permitiría distinguir entre “revoluciones” y “ciencia normal”. En este segundo estadio el trabajo se concentraría en afinar conceptos fundamentales y aportar conclusiones que los refrenden. La forma de interpretar resultados definiría lo aceptable y lo no sostenible. A veces, las revoluciones provinieron de personas que ingresaban a un campo de la ciencia desde otras disciplinas, como Dalton, que de la meteorología pasó a la química. Charles Darwin, cuya obra ha determinado la biología por generaciones, no estuvo afiliado a ninguna universidad mientras realizó sus observaciones y escribió sus conclusiones. Tal vez eso lo apartó de estereotipos; su caso invita a reflexionar sobre el papel de la enseñanza ortodoxa en las nuevas orientaciones del pensamiento científico.

La noción de paradigma es “internalista”, se concentra en la dinámica propia del pensamiento científico y sus comunidades especializadas. No considera, en sus versiones simplificadas, las influencias que sobre las concepciones científicas ejercen las circunstancias históricas, las inercias culturales, las influencias del lenguaje hegemónico (hoy el inglés, ayer el alemán, anteaer el árabe). Estos factores quedan oscurecidos por el énfasis en la elaboración conceptual de las disciplinas científicas, cada vez más aisladas entre sí por comunidades exclusivas y excluyentes; pertenecer a ellas se rige por pautas y cánones estrictos, como acreditaciones institucionales y tradiciones específicas. Las invenciones conceptuales y las innovaciones deben superar la “crítica prepublicación” que rige en las comunidades científicas y profesionales. Solamente la emergencia del *open access* y la proliferación de medios de divulgación han reducido la crítica que ejercen los pares, que se supone salvaguarda la pulcritud de las comunicaciones.

Cuando se aplica la noción de “paradigma” a los ámbitos profesionales, entendiendo por “profesión” no solamente un conjunto de saberes, sino también formas de hacer (“saber-hacer”, como escribía Laín Entralgo), la visión internalista deja de tener valor explicativo. Las profesiones deben considerar contextos culturales, la forma en que se demandan servicios y el poder social de los profesionales, recompensados con prestigio, dinero o poder por las sociedades. El peso de la tradición se ejerce bajo la forma de comportamientos adecuados, *lex artis*, fundamentación de las prácticas, influencia del discurso político y consideraciones económicas. La medicina contemporánea, por ejemplo, se reduce a una racionalidad tecnocrática. Sin ignorar otros basamentos de su práctica, como las ciencias sociales, no puede decirse que su evolución siga cánones propios, independientemente de la situación social en que se ejerce. Aunque también cabe predicar esto de las ciencias puras, en éstas la noción de “paradigma” indica algo que rige solamente para los miembros de la comunidad, no para los extraños a ella. La ciencia contemporánea se ha vuelto incomprensible para los profanos. No así el trabajo profesional, permanentemente evaluado y recompensado por todos los que en él participan. Los médicos, los abogados, los arquitectos, están bajo el escrutinio de personas que usan sus servicios y exigen participación en las decisiones.

¹ Profesor Titular, Universidad de Chile. Profesor Investigador, Universidad Central de Chile. Director de *Anales del Instituto de Chile* y de *Acta Bioethica*. Académico de Número, Academia Chilena de la Lengua, Honorario de la Academia Chilena de Medicina, Correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba (Argentina). Miembro de Honor, Sociedad Española de Medicina Psicosomática.

Correspondencia: flolas@uchile.cl

En medicina, más que de paradigmas cabe hablar de “mentalidades” que surgen de la confluencia entre saberes y praxis concretas. A veces predomina la mentalidad fisiopatológica, otras la anatómopatológica o la psicosocial. La “mentalidad bioética” que parece instalarse —al menos en el discurso— es una síntesis histórica. Primero, por reconocer el carácter dialógico de la práctica, que siempre plantea problemas de *fundamentación y justificación*. Segundo, el concepto de “salud”, modelado exclusivamente sobre la base de individuos o colectivos humanos, reconoce una dimensión *ecocéntrica* o *biocéntrica*. No bastan las instituciones y las prácticas científicas si ignoran la biósfera y el ambiente. La grave crisis climática se presenta como determinante crucial de la salud humana, hoy inconcebible ignorando la “salud” del ambiente. Esta perspectiva integral la tuvieron los pioneros de la bioética, Fritz Jahr y Van Rensselaer Potter, con motivaciones y acento diferente, compasivo del primero y utilitario del segundo. Pero la *mentalidad bioética*, rectamente entendida, es más que ética médica aplicada o ética de la investigación científica. Es forma “comprensiva y comprehensiva” de concebir el bienestar total (*Wellness* más que *Wellbeing*), que incluye pero sobrepasa las directrices morales de la ciencia y las profesiones. Involucra a todas las personas en un esfuerzo comprensivo, apela a una hermenéutica de la globalidad en la cual participan todas las personas. No solo los expertos y los técnicos.

La mentalidad bioética encuentra en el concepto de “*One Health*” una expresión concreta. Con esta nueva designación pareciera enriquecerse el debate, pero en realidad solamente se llama la atención a la “integralidad” que la idea misma de salud evoca. Pues salud fue siempre, para el pensamiento clásico, armonía, totalidad y plenitud. Ahora, con ecos que Paracelso hubiera saludado, se rescata la dimensión cósmica que implica para los seres humanos habitar un mundo pletórico de significaciones e influencias. Paracelso veía en las relaciones de signos las vinculaciones entre el macrocosmos universal y el microcosmos humano.

Es verdad, puede decirse. Pero ¿qué significa esto para el agobiado residente que atiende una urgencia? ¿Cómo conciliar esta utópica comprensión de lo cósmico y lo natural con el trabajo cotidiano en hospitales y laboratorios? ¿Cuál es, finalmente, la importancia práctica de tener esta apertura a la idea de Una Salud?

Tales son desafíos y preguntas que afronta la mentalidad bioética. Una verdadera empresa comprensiva, hermenéutica, más allá de las explicaciones causales, superando las estrecheces disciplinarias de expertos, convocando a la “dialogicidad” en la formulación de problemas y rescatando la dimensión humana del ambiente.